

Reseñas

La comprensión de lo social. Horizonte hermenéutico de las ciencias sociales

José Darío Herrera
Bogotá: Cinde 2009



125

Introducción

En un escenario ubicado en una abadía benedictina del S. XIV, U. Eco se complace en presentarnos, con cierto lujo de detalles, una alegre fábrica de producción de libros cuyos operarios son, nada más y nada menos, que los mismos monjes de la abadía. El *scriptorium* se constituye, desde el punto de vista del diseño arquitectural, en el eje alrededor del cual todo lo demás ha sido articulado y, desde la vida cotidiana, la actividad principal de los monjes. De manera paradójica, la capilla, lugar de la oración, es un aditamento secundario (Ver “El nombre de la rosa”).

En el *scriptorium*, los monjes se encuentran dedicados a tareas diferentes pero complementarias, distribuidas de modo cuidadoso. Unos alisan los pergaminos donde se va a escribir o copiar algún texto original; otros trazan las rayas para que la escritura ni se suba ni se baje; unos más, renglón por renglón, copian los códices que se están transcribiendo; y otro revisa la página terminada –es el rubricista, testifica que la nueva hoja sea copia fiel del original–. Esa nueva copia pasa al marginalista, encargado de ilustrar los márgenes de cada hoja con imágenes visuales que se convierten en un texto complementario, ilustrativo y didáctico. Finalmente, el empastador pega y cose pacientemente las hojas, una vez que han sido terminadas y les pone un lomo con su título. Tan ingente trabajo sólo entrega un libro. No hay producción en serie. Todavía no es posible.

De estos operarios me interesa destacar el perfil de *los traductores*. En tal “cadena de producción” se intercalaban entre el trazador de rayas y el escriba de copias. Se encargaban de importar los saberes de las culturas griega, hebrea y árabe para traerlos al mundo medieval y traducir los originales al latín, idioma dominante de la época. Mediaban entre el pasado y el presente. Su función básica se puede resumir en dos verbos: *comprender* y *traducir*.

Como maestro, durante más de 30 años, no he hecho otra cosa que escrutar un conjunto de textos producidos por las diferentes disciplinas para tratar de ponerlos al alcance de mis estudiantes. En este caso también he operado como mediador entre el pasado y el presente. Mi práctica opera como mediadora entre el conocimiento producido por las disciplinas y el acumulado de conocimiento que traen mis estudiantes al aula de clase. Mi función básica se puede resumir en dos verbos: *comprender* primero, *traducir* después.

Para el día de hoy me han solicitado, por medio de un generoso y riesgoso acto de confianza, elaborar una “reseña crítica”. ¿Qué he tenido que hacer? Leer cuidadosamente el libro del Profesor José Darío Herrera (en adelante JDH), intentar *comprenderlo* primero, e intentar *traducirlo* después, para hacer inteligibles y comunicables sus tesis y argumentos a los colegas y amigos que en este ámbito académico quieren celebrar el acontecimiento de una tesis de doctorado intitulada “La comprensión de lo social. Horizonte hermenéutico de las ciencias sociales”

(Bogotá, Cinde, 2009). También, en este caso, se trata de una operación de mediación. Reitero, *comprender* primero, *traducir* después.

Y, ¿qué ha hecho el autor para presentar en sociedad este informe de investigación bajo la forma de tesis doctoral? *Comprender* primero mediante un concienzudo ejercicio lectural, y *traducir* después, mediante un ejercicio complejo de escritura, un texto destinado a cuestionar la auto-comprensión de las Ciencias Sociales en un ambiente dominado por un cierto escepticismo ante los relatos omnicomprendidos. Porque uno de los méritos indiscutibles de esta obra consiste en hacer un esfuerzo notorio por *traducir*, en forma lo más clara posible, un tema complejo y delicado.

Resumo mi concepción de la hermenéutica en estos dos verbos que se convierten, a la vez, en categorías privilegiadas de la experiencia hermenéutica. Con una intención consciente: compartir *la perspectiva*, o el punto en donde pongo mis vistas para leer, y comentar al autor.

¿Qué significa *hermenéutica*?

El trabajo específico de la hermenéutica consiste en su carácter de práctica mediadora de diferencias, o entre diferencias. En el espacio, media la relación entre diferentes etnias, o entre diferentes culturas –práctica intercultural– o entre diferentes lenguas –o idiomas–; entre géneros, generaciones, colectivos, etc. En el tiempo porque una traducción media entre el pasado y el presente, recordemos aquí el papel de los traductores del legado griego, hebreo y árabe al latín en “El nombre de la rosa”.

¿Qué significa *trans-ducir*? Significa *trans-poner*, *trans-portar*, *trans-ladar*. *Trans-lation* en inglés, y *trans-positio* en latín tienen la misma construcción semántica. Y, aunque parezca sorprendente, lo mismo sucede con *metha-phorein* en griego, de donde viene *metáfora*, e *uber-setzung* en alemán, dos idiomas tan disímiles. E igual estructura semántica encontramos en *tra-duction* en francés y *tra-dução* en portugués.

Pero, podemos preguntarnos, ¿qué transportan la *metáfora* y la *traducción*? *Trans-portan* sentido, *trans-ponen* sentido, *trans-ladan* sentido. Dicho de otra manera, construyen puentes, y no muros, entre lo lejano y lo próximo, entre lo extraño y lo familiar, entre el afuera y el adentro, entre el pasado y el presente.

¿Para qué? Para hacer posible la comunicación. No para marcar las diferencias sino para hacerlas porosas. Insistamos: no para construir muros sino

puentes entre ellas. Por eso no debe extrañarnos que Geertz haya apelado a la analogía del texto, y sostenga que lo propio del trabajo antropológico es la traducción de las culturas. ¿Qué hizo, por ejemplo, un antropólogo francés, como Levy Straus, al hacer la etnografía de los Caduveos en el Brasil? Intentar *comprender* primero lo extraño de los caduveos, para *tra-ducir* su visión de mundo a la cultura francesa, en lenguaje francés. ¿Qué hizo, por ejemplo, Virginia Gutiérrez de Pineda para escribir su obra sobre la cultura santandereana? Intentar *comprender* primero para *traducir* luego a los mismos santandereanos sus maneras de ser, sentir y actuar, en lengua castellana. ¿Qué hace, por ejemplo, William Ospina para escribir “El país de la Canela”? Explorar los archivos del descubrimiento y de las expediciones del Amazonas para traducirlos después en el formato de una novela.

¿En qué consiste, por ejemplo, la “hermenéutica diatópica” propuesta por Boaventura de Sousa Santos? Un procedimiento que permite crear inteligibilidad recíproca entre diferentes experiencias del mundo (De Sousa, 2009, p. 136). Trabajo que debe ser recíproco, en los dos sentidos, para no convertirse en instrumento de apropiación, colonialismo, canibalismo o despojo (p. 146). Implica intercambio de saberes y de prácticas, y parte de la idea de que todas las culturas son incompletas y, por tanto, pueden ser enriquecidas por el diálogo y por la confrontación con otras culturas (p. 139). Otro tanto podríamos decir de su “ecología de saberes”.

El acercamiento: el proceso y sus indicadores

El trabajo del profesor JDH apunta a identificar, describir, comprender y explicar un conjunto de aproximaciones entre las Ciencias Sociales y la tradición hermenéutica. En un primer apartado esboza el momento en que estas Ciencias Sociales tuvieron que apelar al modelo o paradigma de las Ciencias Naturales para vestirse de “cientificidad”; al no disponer de otro modelo, se acomodaron para adquirir tal status científico. En un segundo momento, que podríamos denominar “desencanto del paradigma positivista”, los científicos sociales comienzan a identificar los presupuestos, los prejuicios y las limitaciones de dicho modelo. Toman distancia crítica de ese paradigma, a partir de sus propias experiencias de investigación social. Encuentran que sus recursos teóricos y metodológicos resultan insuficientes para dar cuenta de lo que pasa en estos momentos de crisis e incertidumbre (JDH 2009, pp. 71-73).

En esa dirección, JDH selecciona, entre la abundante nómina de investigadores sociales, a cuatro autores destacados para señalar un conjunto de *indicadores* más que convincentes:

- Clifford Geertz, antropólogo, con su idea básica de que la cultura es más un conjunto de textos que una suma de comportamientos que deben ser descritos por una supuesta mirada objetiva –analogía del texto que debe ser descifrado–. Y con su idea, también fundamental, de la traducción de las culturas.
- Pierre Bourdieu, sociólogo, con su intento de construir un puente entre las estructuras objetivas del orden social y las estructuras incorporadas en el cuerpo de los agentes, bajo la forma de disposiciones.
- Jacques Le Goff, el historiador, con su resignificación de la noción de objetividad histórica como reinterpretación constante del pasado que subraya la emergencia de nuevas miradas y nuevos métodos para la construcción de múltiples historias locales frente a una pretendida historia universal.
- Boaventura de Sousa Santos, sociólogo, con su énfasis en las comunidades interpretativas a partir de las realidades locales, y la ya citada, pero no menos importante, propuesta de aproximación intercultural, con su “hermenéutica diatópica” y su “ecología de saberes”.

El distanciamiento o desencanto del paradigma positivista

Como ya lo he afirmado, el segundo momento es calificado por el autor como el proceso de “distanciamiento”, mediante una crítica abierta y fundamentada a “los dogmas centrales” de un paradigma. Yo he preferido referirme a este proceso como “el desencanto del paradigma positivista”, respecto, claro está, de los propósitos, objetos y objetivos de la ciencia social.

Para fundamentar dicho horizonte alternativo, JDH desarrolla tres elementos constitutivos de la “ontología hermenéutica”, según Vattimo: el rechazo del modelo metódico de las ciencias positivas para fundamentar las ciencias humanas, la generalización de la experiencia hermenéutica a todo conocimiento y la comprensión del ser como lenguaje (JDH, 2009, p, 100).

Luego, inspirado en Gadamer, subraya la estrecha relación entre el saber de lo humano y los contextos que lo producen (pp, 107-108), revalúa el

concepto de “formación” propio de la tradición alemana y sostiene que la “referencia a los conceptos de formación, sentido común, capacidad de juicio y gusto nos remite a un ámbito de producción de saber distinto al ámbito en el cual tiene vigencia el modelo de las ciencias naturales: hablamos de la racionalidad práctica” (p, 111).

Según él, la “racionalidad práctica” se relaciona “con los diferentes instantes en que la vida cotidiana se ocupa de sí misma” (p, 112) como “un tipo de conocimiento que se encuentra siempre referido al contexto, a las circunstancias; que se estructura en la cotidianidad de la vida compartida y que, por lo mismo, implica una dimensión ética” (p, 117).

La auto-comprensión de las Ciencias Sociales y su tarea

Para dilucidar la comprensión que las ciencias sociales tienen de sí mismas, y de su tarea específica, JDH explicita su concepción de la *hermenéutica* como “una reflexión sobre el fenómeno de la comprensión humana” (p, 119) y la interpretación como “una explicitación de esa comprensión básica del mundo en la que siempre estamos” (p, 121), atreviéndose, incluso, a reivindicar con Gadamer la inevitabilidad de los prejuicios “como condición necesaria para comenzar la tarea de interpretación” (p, 132), al hacer explícitos los prejuicios y tomar conciencia de ellos.

Según el autor, la *tarea* de las Ciencias Sociales se relaciona, entonces, con el esfuerzo de comprender cómo comprenden los otros el mundo:

“La antropología entiende su trabajo como la comprensión de otras formas de vida e, incluso, como una comprensión de otra comprensión, es decir, como la comprensión de la forma en que los nativos hablan de sí mismos, y expresan, simbolizan y significan su propio mundo. El antropólogo trabaja, entonces, como *traductor* pues el debe elaborar una versión de los otros a partir de lo hallado en su encuentro con las culturas” (pp, 159-160, resaltados míos). “Su tarea se asemeja a la de un *traductor* que presta su voz para que lo dicho sea comprensible” (pp, 135, resaltados míos) y opera como una mediación real. “Lo original de la etnografía es partir de la precomprensión de los otros y desplazarla a la comprensión que los otros tienen de sí mismos, para luego hacer *la traducción* de lo que se ha encontrado” (p, 210, resaltados míos).

En los tres textos seleccionados, el verbo *comprender* se acompaña del verbo *traducir* y la *comprensión* se concibe como lectura de lo local, de lo

cercano, de la manera como los otros hablan de sí mismos; o sea, comprensión de una comprensión o de una pre-comprensión (Cfr. pp, 41-43 y 52). La *traducción* aparece como una tras-lación de “esos modos de vida extraños” a los códigos propios del saber occidental que representa el investigador en el trabajo de campo.. A partir de entonces, el autor se dedica a cuidadosas elaboraciones de aproximación, precisión y desarrollos de las operaciones propias de la *comprensión*; mientras la *traducción* se desplaza a los márgenes de la tesis, razón por la cual se destaca la tarea de comprender el comprender y queda en la penumbra la otra mitad de la tarea: *traducir el comprender*.

Si para comprender el comprender se ha de “parar oreja” y *aprender a escuchar* las voces acalladas, silenciadas o simplemente atoradas en las gargantas de las clases, las etnias, los géneros o las generaciones marginadas, para traducir el comprender se han de *hacer oír* las voces maliciosamente escondidas o distorsionadas, como también los gestos arbitrariamente vaciados de sentido. La *hermenéutica* se mueve por una doble motivación, dice Ricoeur: la voluntad de sospecha y la voluntad de escucha (Ricoeur, 1965, p, 36). Los traductores, como Hermes, son portadores de voces. Y es preciso hacerlas oír imaginando los medios y las mediaciones.

Si las culturas pueden leerse como una trama de significación tejida por el ser humano, o como un manuscrito enigmático, también *las teorías* pueden considerarse como *textos* que permiten interpretar otros textos (p, 197) o como relatos amarrados a los contextos locales (p, 200) en los cuales se hace posible identificar aquel conjunto de categorías sospechosas de etno-centrismo (JDH, 2009, p, 193) y ampliar sus recursos interpretativos que buscan

nuevas categorías como horizonte, perspectiva, subjetividad, habitus, campo, juego, enjuego, texto, etc. Y que avanzan en la conceptualización de sus métodos y diseñan novedosos modelos interpretativos.

Más aún, es responsabilidad del científico social volver sobre la manera de comprender su práctica mediante procesos de reflexión o de auto-objetivación, como diría el profesor Bourdieu; tomar *su práctica* como un texto susceptible de ser descifrado –tercera aplicación de la analogía del texto propuesta por Geertz y antes por Freud–: “Las ciencias sociales son, para sí mismas, un texto que debe ser interpretado, a partir de la historia de la construcción de sentido que las ha hecho posibles” (JDH, 2009, p, 182).

En suma, un jaque a la auto-comprensión de las ciencias sociales vinculadas al proyecto de la modernidad, de carácter eminentemente etno-céntrico que, a mi juicio, sería aconsejable tomar en serio para transitar a otra época de las ciencias humanas, inspirada por una epistemología de carácter posmoderno y posestructuralista.

Finalmente, felicito a la señora Patricia Briceño, directora de la Maestría en Desarrollo Educativo y Social, y, por su medio, al CINDE, por la acertada decisión de publicar esta tesis. Un trabajo serio y consistente que recomiendo como herramienta de trabajo y reflexión en nuestras maestrías y doctorados.

Rafael Ávila Penagos

Profesor titular

Universidad Pedagógica Nacional